

lo crítico, lo urbano y aún detectivesco.

La impresión que sugiere tan cohesionada diversidad es la de un políptico cuyas tablas se desprenden escalonadamente, desplegándose desde la única que tenemos sujeta, pero sin alterar su ritmo ni proporción. Es cierto que el libro, por lo propio de semejar escrito por el peso de la inercia de los mismos textos al ser siendo fijados, constituye una especie de "aleph", condensación de todo lo potencialmente existente, punto de partida de un alfabeto sagrado cuya energía es la misma en cada letra, sólo que distintamente conformada. En esta ocasión, las letras que dispone Sabas Martín en su escritura revelan su pasión por la palabra y sus encrucijadas, por la imagen hecha verbo en la sala de los espejos de la página en donde confluye la turbación y el desconcierto del ser contemporáneo. Y por eso, más allá de la clara raigambre verbal y espiritual canaria de varios de los relatos, no es casual que el amor y la muerte impongan su presencia, incluso cuando el humor o la ironía (esa *socarronería* tan definitiva y definitivamente canaria) quiere tamizar la *ajenidad*, el *extrañamiento* esencialmente ontológico sobre el que se establece la condición de la naturaleza humana en nuestro tiempo. Todo ello, como se nos advierte, crecido en torno al lenguaje que se afronta desde la escritura como entidad creadora de músicas y contraluces, de evocaciones secretas y climas inquietantes. El propósito es dar vida a un universo literario concebido como una sinfonía creciente de ritmos cambiantes, de registros plurales, de voces diversas, de ecos que han abolido los márgenes del silencio y lo que en el silencio calla para propagarse hacia nuestros sentidos y nuestra conciencia desde el interior una fascinante caja abierta.

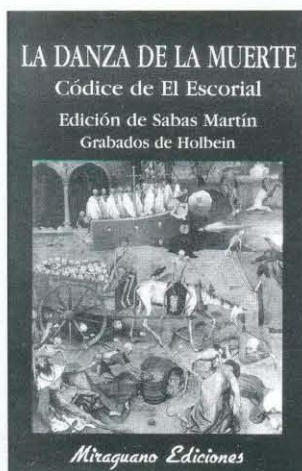
Para el lector exigente y riguroso, este libro de Sabas Martín puede ser (y es) apasionante porque le obliga al reto permanente de escapar a los desenlaces que al fin son fatales, en tanto que *no pueden ser otros*. Es así como jugar al escondite con un demiurgo omnividente. Para el lector más habitual, estos relatos, amén de un paseo por todos los géneros, puede suponer una experiencia gozosa por la enorme tensión argumental con que están contruidos. Pensará, a buen seguro, que, más que ante un libro, está metido de lleno en una linterna mágica, en el laboratorio maestro de un sabio y prodigioso alquimista.

UNA SUGESTIVA VISIÓN DE LA DANZA DE LA MUERTE

***La Danza de la Muerte.
Códice de El Escorial.
Grabados de Holbein.
Edición de Sabas Martín.
Miraguano Ediciones,
Madrid, 2001.***

La *Danza de la Muerte*, en esta efectiva y muy personal edición de Sabas Martín, revive para el lector del nuevo milenio quizá el elemento literario, teatral y filosófico más obsesivo de la Edad Media: la muerte. Hoy, por los terribles azares de una Historia cuyo signo circular traba pasado con futuro, la lectura de este libro, con las terribles imágenes neoyorkinas aún girando en las retinas del dolor más profundo, constituye un ejercicio de humildad humana, un exquisito bocado a la conciencia de nuestra pequeñez; hoy, como en la tardía Edad Media, *La Danza de la Muerte* es una impactante llamada de atención sobre la gran verdad que a todos une y nadie esquiva.

La Danza de la Muerte fue en origen un espectáculo teatral de "predicación", directo, fácilmente comprensible por todo tipo de espectadores que, con el lento paso del tiempo europeo, adquirió categoría de género teatral. Sus primeras representaciones en los pueblos y ciudades de toda Europa datan del siglo XIV, pero



aún pervivían a finales del siglo XVIII. Sin duda, ese juego dramático establecido entre la moral religiosa y la ácida crítica social que late en sus textos, contribuyó en gran medida a su longevidad en los escenarios. Además, resultaba sencillo montar la *Danza* en cualquier lugar (las escaleras de las catedrales, por ejemplo), su *atrezzo* se adecuaba a las necesarias limitaciones de los cómicos de la legua, y ninguna otra representación de la muerte (un tema siempre muy comercial, como vemos) había insistido tanto en el aspecto de la igualdad de los hombres, de las injusticias sociales, de la crítica de costumbres y gobernantes, por lo que siempre gozaba del favor del público.

Los orígenes de *La Danza de la Muerte* aún se desconocen con certeza. Se sabe que en Francia existía la *Dance Macabre*, en Austria la *Totentanz*, también en Cataluña e Italia se representaban *Danzas* similares y coetáneas a la castellana, que ahora aparece publicada, en una espléndida edición de Sabas Martín, por Miraguano Ediciones.

Sabas Martín, novelista y poeta, cede en este libro a su otra pasión, el teatro, y nos introduce en el universo dramático de *La Danza de la Muerte* como quien invita a participar en un juego colectivo, proponiéndonos en la separata característica de esta colección (“Libros de los Malos Tiempos”), una pieza de teatro didáctico con el montaje de la *Danza* por una compañía teatral. Una pequeña obra de teatro sobre el teatro como prólogo (un “ensayo general”) de la “gran *Danza*”, donde se expone con mayor claridad que mediante cualquier estudio sesudo el “espíritu” del texto medieval.

A continuación -segundo acto-, se reproduce el texto original de *La Danza de la Muerte* que se conserva en un manuscrito de la Biblioteca de El Escorial (concretamente el Ms. bIV, fols 109r-129r, junto con los *Proverbios* de Sem Tob y otros dos textos), acompañándolo con los fascinantes grabados que Holbein realizó para el tema de la obra.

Los grabados de Holbein, a quien Sabas también dedica un breve capítulo, merecen mención aparte. Son una auténtica maravilla, un verdadero placer estético. Se editaron por primera vez en 1538, en Lyon, y conocieron enseguida un éxito prodigioso: hasta 1562 hubieron de reimprimirse en forma de libro doce veces en un mundo de escasos lectores. Como puede comprobarse en esta edición que comentamos, no extraña que rápidamente ganaran el fervor iconográfico de las gentes del siglo XVI. A su vista, ni siquiera hacía falta saber leer para, tras doscientos años de representaciones ininterrumpidas de la *Danza*, paladear intensamente los diferentes mensajes palabra a palabra: su expresividad, la verdad psicológica de los hombres y mujeres representados, la fuerza gráfica de su composición, apenas contenida en dimensiones que no superan los sesenta milímetros, son sencillamente insuperables.

Ambos, texto medieval e ilustraciones, nos presentan a seres poderosos y débiles, nobles y plebeyos, inocentes o culpables, revestidos de un espíritu ejemplificador destinado a recordar a hombres y mujeres de cualquier condición nuestro destino polvoriento.

El conjunto, de notable calidad estética y literaria, se condimenta -acto tercero- con la versión modernizada en verso libre del propio Sabas Martín, esclarecedora, que permite el acceso del lector no erudito al clásico medieval sin perder un ápice del sentido original del texto.

La edición se cierra con una de las más brillantes prolongaciones artísticas de *La Danza de la Muerte: El Quijote*, en particular su capítulo XI de la Segunda parte, donde se narra el encuentro del caballero con una compañía de cómicos que va a representar, precisamente, *La Danza de la Muerte*. Un perfecto colofón para un libro cuya edición ha sido concebida como un libreto de teatro y cuya indudable originalidad contrasta con el manido tópico de que lo medieval es aburrido.